

COMENTARIO

El menosprecio de la verdad acosa la Casa Blanca

ANA PRIETO

“Una pequeña hipérbole no le hace daño a nadie”, escribió Donald J. Trump en *El arte de la negociación*, un libro de 1987 sobre su manera de hacer negocios, que ha sido ampliamente citado durante su meteórico ascenso político. “Soy bueno para interpretar las fantasías de la gente”, o “La gente no siempre puede pensar en grande por sí misma, pero puede llegar a emocionarse mucho por quienes sí lo hacen”, escribió. Por eso, agrega, “una pequeña hipérbole no le hace daño a nadie”. Y la verdad, ¿importa? El votante de “The Donald”, efecto residual del “American Dream”, crítico del estilo *snoob* de la experimentada Hillary Clinton y de todo lo que huele a *establishment* y élite política, pasa por alto revelaciones como las que hizo el sitio PolitiFact promediando el año: que de 158 declaraciones chequeadas de Trump, el 95% resultó ser falsa o escandalosamente falsa.

Decidido a jugarse el todo por el todo en su carrera hacia la Casa Blanca, Trump ha poblado su campaña presidencial de más bien enormes hipérbolos. Sus fantasías preferidas son las teorías conspirativas que ha sabido desplegar con un desparpajo único. Por repasar solo algunas: Trump sugirió que el padre de su antiguo contendiente en las primarias republicanas, el senador Ted Cruz, había estado involucrado en el asesinato de J.F. Kennedy (uno de los hechos de la historia de Estados Unidos que más ha excitado la imaginación de los conspiradores). La llamada *birther theory*, según la cual Barack Obama nació realmente en Kenia y mintió sobre su nacionalidad para llegar a la presidencia, no fue propuesta inicialmente por Trump, pero desde el momento en que anunció públicamente su intención de candidarse en 2011, ha sido uno de sus caballos de campaña favoritos, lo mismo que la afirmación de que Obama nunca fue a la Universidad de Columbia (“nadie lo vio nunca allí; es una locura”).

Según otra de sus célebres elucubraciones, el mismo 11 de septiembre de 2001, mientras las Torres Gemelas se convertían en un masivo escombros de sangre y fuego, “miles de musulmanes” salieron a celebrar el atentado en las afueras de Nueva Jersey. Trump ha afirmado que lo vio todo por televisión; que el hecho había sido “ampliamente cubierto” en su momento, y que si hoy nadie encuentra las imágenes por ninguna parte no se debe a que los festejos no hayan ocurrido, sino a que los medios insisten, “por corrección política”, en ocultarlos.

Durante los tres debates que lo en-

frentaron a Hillary, Trump no escatimó en mensajes paranoicos e hiperbólicos pero lo cierto es que los despliega con más holgura en los “rallies” de campaña que hace incansablemente por distintos poblados del país, donde sus votantes se reúnen con remeras que llaman a encarcelar a Clinton o a construir el muro que divide a México de los Estados Unidos. Por dar un ejemplo reciente, el 30 de octubre pasado, en Greeley, Colorado, dijo que la política de “fronteras abiertas” que impulsará la candidata demócrata si llega a la presidencia, hará que en solo una semana la población de Estados Unidos ascienda a 600 millones de habitantes (hoy es de 324 millones). Cuando pocas horas después encabezó otro rally, esta vez en Albuquerque, Nuevo México, decidió aumentar la cifra a 650 millones.

Se han derramado galones de tinta para desmentir una a una las teorías de Trump; un esfuerzo sin duda encomiable y obligatorio cuando de sostener una democracia se trata, pero que parece útil solamente para que observadores, periodistas y analistas debatan sobre la

el fantasma de la conjura que él agita en su campaña “no es en absoluto distinto de las teorías conspirativas que han circulado en otras campañas políticas. Lo que ocurre es que estas teorías, en general, no salen de los labios del candidato. Muchos políticos explotan la paranoia; lo que hace Trump es inusualmente descarado”. Para el psicoanalista italiano Luigi Zoja, autor del libro *Paranoia, la locura que hace historia* (2013), los discursos paranoicos contemporáneos encuentran un terreno fértil en mentes en las que cada vez ocupa más espacio —y tiempo— la “prevención del peligro”.

Los humanos somos, de hecho, la única especie sobre la Tierra capaz de rehuir un mal atribuyéndoselo a un enemigo, y de especular sobre los daños probables que ese enemigo podría infligirnos si lo dejamos actuar. La habilidad de Trump, quien se reconoce especialista en “interpretar las fantasías de la gente”, es tan luego capitalizar los miedos que desde hace tiempo circundan las pesadillas de

REUTERS



llamada “era de la post-verdad” que dicen que Trump ha llegado a encabezar, y para que los partidarios de Hillary Clinton continúen nutriendo sus argumentos contra la candidatura del magnate. Pero los votantes más acérrimos del republicano, como lo han demostrado un sinnúmero de encuestas, mítines y posteos en las redes sociales, no solo no creen en las desmentidas sino que están seguros de que los medios de comunicación estadounidenses son el mayor aparato conspirador del país.

Para Jesse Walker, editor en la revista *Reason* y autor del libro de 2013 *The United States of Paranoia* (“Los Estados Unidos de la paranoia”), la condición paranoica está en el corazón político estadounidense y no duda de que se trate de una situación generalizada, aunque en su obra no se ocupe de otros países. “Los expertos tienden a anular la paranoia política como si se tratase de una condición marginal; un trastorno que a veces estalla hasta que el centro sobrio pueda apagar las llamas. Están equivocados”, escribe Walker. “El temor a las conspiraciones ha sido una fuerza potente en todo el espectro político (de los Estados Unidos), desde la época colonial hasta el presente, tanto en el *establishment* como en los extremos”.

Consultado por Ñ, respecto del estilo paranoico de Trump, Walker afirma que

cierto conjunto de la población estadounidense que se siente expulsada de las bonanzas de la tierra de las oportunidades, y repetirlos de la manera exaltada, mundana y “descarada” que cualquier votante utilizaría en su propia casa. “Trump no oculta para nada el hecho de que suele faltar a la verdad”, dice Jesse Walker. “Y ha estado en el negocio de la venta de fantasías por largo tiempo”.

En efecto, el incorrecto multimillonario que hace un año era poco menos que el hazmerreír de la élite política global, ha llegado tan lejos no por mentir ni conspirar, sino por sacar partido de las mentiras y conspiraciones en las que sus votantes ya creían o estaban más que dispuestos a creer. La artillería retórica de Trump consigue que las multitudes que se reúnen en sus rallies griten con el puño en alto “¡Construye el muro, construye el muro!”, basándose en la información apócrifa pero ya bien arraigada de que hordas de mexicanos invadirán eventualmente el país. “La paranoia se nutre siempre de una mala información”, ha escrito Luigi Zoja; información que, en manos de un experto vendedor de espejismos, como Trump, libera el potencial paranoico latente que todos llevamos dentro, y que es particularmente inflamable en tiempos de crisis y frustración.

Si el martes próximo Trump resulta ganador y sucede a Barack Obama en la Casa Blanca, habrá triunfado en virtud de su habilidad para “interpretar las fantasías de la gente”; gente que ha sabido formar una particular tolerancia hacia la mentira, y una preocupante indiferencia hacia la verdad empírica.